





[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

© 2014, Alicia Yáñez Cossío

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-788-7

Derechos de autor: 044555

Depósito legal: 005177

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2014

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Mayo 2017

Novena impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Santiago Parreño

Actividades, edición y corrección de estilo: María de los Ángeles Boada

Diagramación: Ramiro Jiménez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# El regalo del abuelo

Alicia Yáñez Cossío



loqueleo



*A la memoria de mi entrañable mamá.*

# Índice

uestra  
promocional  
**Prohibida  
su venta**  
© Santillana



Un abuelo ..... 11



El yak ..... 27



El descubrimiento ..... 49

Biografía ..... 61

Cuaderno de actividades ..... 63

## Un abuelo



Las casas de antes eran grandes, tenían patios, traspacios, recovecos y al fondo una huerta con árboles frutales. En el patio central había **arcadas** con pisos y pilares de piedra entre los cuales no faltaban macetas con geranios de todos los colores. Eran casas de dos pisos, con gradas anchas, de poca altura, y con una **balaustrada** también de piedra. Tenían largos corredores y muchos cuartos porque eran casas de familia y la familia no solo eran los hijos y los padres, sino también los abuelos, los tíos, los primos

y a veces alguien más... en todas esas casas había un algo de misterio.

12 Lo normal y natural era vivir con abuelos, pero en casa de Mariquita no existía ninguno, a pesar de que hasta en las familias de los niños más resabiados y malcriados había alguno. Todos los abuelos de Mariquita, uno tras otro, habían muerto, y a Mariquita le ocasionaba una cierta vergüenza decir que no tenía un abuelo ni una abuela ni nada parecido. Solamente, en el último cuarto de la casa, donde los niños nunca se aventuraban y a donde no llegaba ningún ruido, vivía la tía Engracia, que padecía la manía de las solteronas de esa época: era irremediablemente adicta a las misas y a las novenas, y en sus largas **letanías** trataba de atrapar a algún



sobrino desprevenido para que coreara eso de los **ora pro nobis**. Era absurdo considerar a ese vejstorio como abuela porque nunca jamás en su vida contó un cuento, ni siquiera el cuento de María Angula, que todo el mundo sabía, pero a la madre de Mariquita le entraba un patatús si sus hijos repetían eso de «las tripas y puzún que te robaste de mi santa sepultura...».

Un día de tantos, las niñas del colegio hablaron de sus abuelos. Unas contaron que tenían cuatro, otras dijeron que tenían tres, la mayoría dijo que tenía dos y unas pocas aseguraron que tenían por lo menos un abuelo o una abuela.

Mariquita no pudo permanecer callada y dijo:

